



Soy invisible,
no se me ve,
soy una miga
en el café.

Soy una gota
en el cristal,
soy una espina
en el rosal.

Soy invisible,
no se me ve,
soy una pata
en el ciempiés.

Soy una hoja
en el jaral,
soy una espiga
en el trigal.

Soy invisible,
no se me ve,
soy muy chiquito
en el papel.

El pequeño punto casi invisible

Érase una vez el hijo de un gran pintor. Se llamaba Néstor, y había crecido entre los cuadros de su padre, viendo sus formas, manchándose con sus pinturas, rodeado de sus colores maravillosos.

Néstor solo anhelaba una cosa en la vida: pintar como su padre.

Crecer y ser un gran artista, como él.

Antes de andar ya tenía un lápiz en la mano. Antes de hablar, un pincel. Antes de medir un metro llenaba hojas y más hojas con manchas de colores. Y antes de los diez años ya tenía su habitación inundada de lienzos con los que buscaba su propia forma de expresión.

Cada vez que creía pintar un cuadro importante, o cada vez que le gustaba una de sus inci-

—No temo saltar, ni volar, pero sí estrellarme contra el suelo.

—El destino de toda gota es hacerlo.

—Pues yo no quiero ese destino para mí. No deseo hacerme añicos.

La nube se sintió muy rara. Era un problema. Si corría la voz, y otras gotas de lluvia se contagiaban, ¿quién regaría las tierras? Aquello no estaba bien, no podía ser. La nube se enfadó.

—¡Haz el favor de saltar y no me vengas con tonterías!

—¡No! —La gota se escondió más.

La nube comprendió que no podía obligarla. No tenía forma de hacerlo. ¡Qué catástrofe! Ya habían salido del valle y llegaban a las montañas heladas y cubiertas de nieve.

¡Una gota de lluvia que no quería estrellarse contra el suelo!

De pronto la nube tuvo una idea.

—Prepárate —anunció—. Vas a saltar.

—¡No y no! —se resistió la gota miedosa—. ¡Me haré pedacitos!

—No te harás pedacitos, te lo prometo.

